

# La cuestión de Marruecos.

---

La política africanista emprendida por España a principios de siglo quedaba encuadrada en tres coordenadas: el peso del 98, la tradición histórica española en el norte de África y la rivalidad colonial anglo-francesa. La depresión moral provocada por el desastre ultramarino había provocado dos tendencias divergentes: por un lado, una corriente anticolonialista y antimilitarista sostenida desde frentes marginales al sistema político de la Restauración -los partidos republicanos y obreros- e impulsada desde el regeneracionismo de Costa; por otro, el empeño, también "regeneracionista", de volver a introducir a España en el círculo de las potencias europeas, en un momento en que el mayor o menor prestigio de las naciones era calibrado en función de su poder colonial. Además, en el juego de la alta política internacional de bloques y de alianzas, las viejas potencias en trance de agotamiento corrían un riesgo evidente que radicaba en pasar de ser "sujetos" a convertirse en "objetos" de los grandes estados industrializados.

## La política africanista española.

En el siglo XIX, España participó en acciones bélicas en África: la "guerra de África" de 1859-1860 giró en torno a Ceuta, con el general Prim como principal protagonista, y la de 1893, en torno a Melilla y acabó en un tratado hispano-marroquí firmado en Sevilla en 1894.

Cuando el colonialismo francés se fijó en Marruecos, para redondear su dominio sobre Túnez y Argelia, no pudo dejar de tener en cuenta la realidad histórica de que España estaba asentada en Ceuta y Melilla. A su vez, otras potencias, como Inglaterra o Alemania, entraron en juego para evitar el dominio francés del Mediterráneo desde las costas de África. A Francia, teniendo en frente a estos dos estados, le interesaba mantener buenas relaciones con España y llegar solamente con ella a un "reparto marroquí". Y para ello colaboró eficazmente en el tratado que regulaba las fronteras del enclave español en el golfo de Guinea (Guinea española) y del territorio sahariano de Río de Oro (más tarde, Sahara español).

Es cierto que España necesitaba, por un lado, asegurar sus plazas de Ceuta y Melilla, y para ello debía prolongar su dominio tierra adentro, pero, por otro, era consciente de que la aventura conllevaría muchos gastos y riesgos de vidas humanas, habida cuenta de la experiencia que se acababa de vivir en las Antillas y en el Pacífico. Con todo, la tesis intervencionista siempre apoyó la idea de que si España abandonaba Marruecos y si cualquier otra nación se asentaba en el norte de África, la Península sería totalmente vulnerable.

Fueron, por tanto, la presencia francesa y la amenaza de participación de Alemania, y no la idea de misión histórica en África, las que llevaron a España a las

campañas de Marruecos en las siguientes décadas.

Escribe el historiador Jover que, al final, España optó, "a regañadientes" y por necesidad, con una opinión pública mayoritariamente en contra, por embarcarse en la aventura de Marruecos para renovar su prestigio frente a los que en Europa la consideraban una nación moribunda. Con todo, habría que añadir, y al margen de esta visión exclusivamente política, que estaban por medio muchos intereses económicos, entre los cuales la minería y la construcción de ferrocarriles eran los incentivos más poderosos para la oligarquía financiera de la Restauración, que deseaba resarcirse de las pérdidas coloniales. En efecto, en el norte de Marruecos el capitalismo financiero español había obtenido la explotación de un mineral de hierro de una ley muy estimable, que fue dedicado -por la situación geográfica de las minas, por seguir con el tradicional modo del capitalismo peninsular de incrementar los beneficios, consistente en limitarse a exportar mineral de hierro en bruto, y por la creciente demanda de los estados europeos industrializados- a ser exportado prácticamente en su totalidad.

Desde 1904 la penetración española en Marruecos había sido "pacífica", sustentada en pactos individuales con las cabilas. Esta fracasó en 1909 y, a partir de entonces, se entró casi por obligación en lo que en los círculos diplomáticos europeos se denominaba "avispero" marroquí. Lo que en ese año se llamó "guerra de Melilla" -y que provocó la "Semana Trágica" de Barcelona- no fue más que la respuesta militar del Gobierno para proteger los intereses económicos españoles ante los ataques de las cabilas insumisas.

### **El desastre de Annual.**

La guerra llegó en 1921 y con ella el desastre de Annual. Fue el resultado trágico de un esfuerzo por establecer un protectorado que había venido incidiendo negativamente en la economía, en la sociedad y en la política desde 1904.

La Gran Guerra de 1914-1918 había supuesto para España un forzoso paréntesis en su acción en Marruecos por la misma neutralidad que se había impuesto; pero en 1919, terminado el conflicto, Francia intensificó su acción, apuntando la amenaza de instalarse en toda la región sin respetar sus pactos anteriores con España. En respuesta a esto, y también en 1919, el gobierno español inició una especie de carrera de toma de posiciones desde las bases de Ceuta y Melilla.

También entre los marroquíes repercutió el fin de la Gran Guerra porque apareció un nacionalismo revolucionario que se iba a enfrentar simultáneamente con la autoridad "oficial" del sultán y con la administración española.

El general Dámaso Berenguer, alto comisario de España en Marruecos, fue el encargado de ocupar la zona occidental, y al general Fernández Silvestre, inclinado a tomar iniciativas por cuenta propia y más antiguo en el escalafón que Berenguer, se le confiaron las operaciones de la zona oriental.

Fue una guerra impopular en España, sin apoyo ministerial, con el único estímulo que el Rey, jefe supremo del Ejército, otorgó a sus generales. Aunque no hubo una acción coordinada entre ambos generales, entre 1920 y 1921 se ocuparon importantes posiciones -Xauen, Annual, Sidi Idris, Abarrán...

Mientras, un caudillo rifeño, Abd-el-Krim, fue reuniendo tribus y cohesionando la resistencia rifeña, y finalmente desencadenaría la ofensiva desde Alhucemas sobre

Igueriben, que fue ocupada, y Annual.

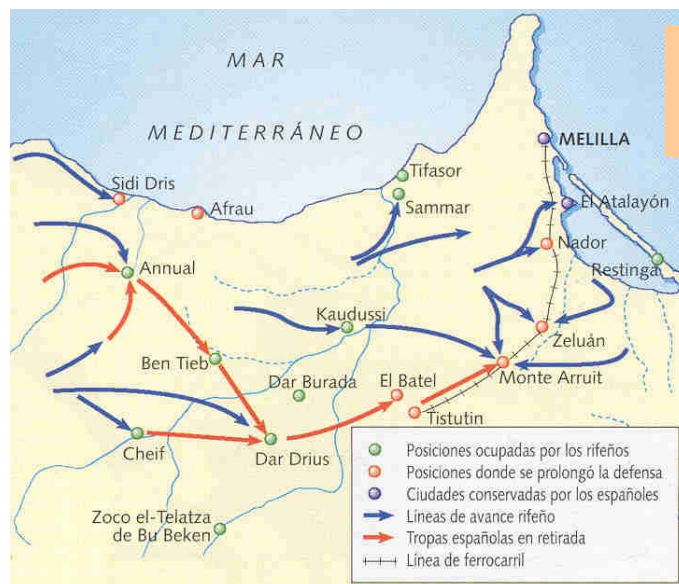
Sin la esperanza de refuerzos, el general Silvestre ordenó la retirada de esta plaza. Esta retirada se convirtió en una carnicería en la que murieron alrededor de 14.000 hombres (junio de 1921). A Silvestre le mataron o se suicidó en el parapeto de Annual.

### Consecuencias de Annual.

Las consecuencias de Annual fueron dilatadas y profundas. Y, apenas restablecida la iniciativa española en Melilla, se planteó una doble ofensiva política, que se convirtió en bandera del socialismo, contra los mandos del Ejército vencido -y, en general, contra toda la administración de las fuerzas que actuaban en África- y contra el propio Rey. En este último caso se especulaba sobre determinados mensajes de aliento que habría enviado Alfonso XIII a Silvestre incitándole a actuar en contra de lo convenido con Berenguer.

En el mismo mes de agosto de 1921 se designó al general Picasso para que abriera un expediente gubernativo sobre las responsabilidades de los mandos en la derrota de Annual. No arrojó demasiada luz y sí parece dejar constancia de que la acción de Silvestre sobre Alhucemas contó con la aquiescencia del Gobierno y con el asentimiento del general Berenguer.

Importante consecuencia de la guerra y de Annual fue el descrédito final de la Juntas Militares de Defensa. Si a su comienzo habían contado con la simpatía popular, en los años siguientes la fueron perdiendo cuando empezó a comprobarse que el movimiento era uno más para controlar los mandos y adquirir prebendas. Precisamente, a esto atribuía ahora la opinión pública la degradación del espíritu de la oficialidad combatiente y la disminución de las inversiones en material. Por eso, la crudeza de las operaciones del Rif y el sacrificio de los soldados que allí luchaban y morían se volvieron en contra de los egoísmos de las Juntas de Defensa, que desaparecieron en 1922.



Mapa con el desarrollo de la batalla de Annual.

Texto extraído del libro de texto de Historia de España de 2º de bachillerato de editorial Anaya. Edición de 2001.